

BOLETIN

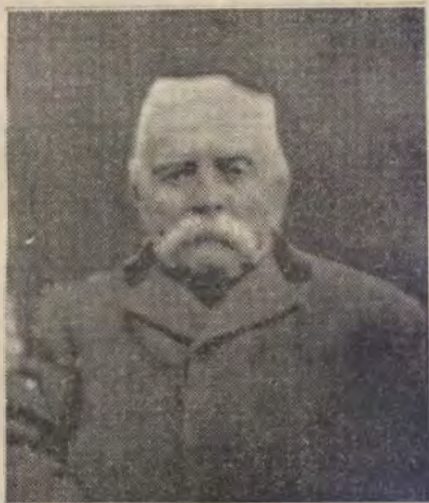
DEL,

CONSEJO NACIONAL DE HIGIENE

Año VIII | Montevideo, Diciembre de 1913 | N.º 86

Necrológicas

✦ **Doctor Serafín Rivas Rodríguez**



El 25 de noviembre último falleció en esta Capital el doctor Serafín Rivas Rodríguez, estimado y conocidísimo facultativo, Decano del Cuerpo Médico en el Uruguay.

El doctor Rivas Rodríguez ejerció su carrera poniendo siempre á contribución, en el desempeño de sus tareas, su reputada ilustración médica, sus grandes sentimientos huma-

nitarios y su intachable honorabilidad profesional. Ocupó distintos é importantes cargos públicos, y en todos ellos demostró siempre, ser un funcionario correcto y celoso en el cumplimiento de sus obligaciones.

Testimonio elocuente del alto aprecio que se le guardaba en nuestra sociedad, fué la selecta y numerosa concurrencia que acompañó sus restos á la Necrópolis, así como las sentidas frases pronunciadas en el acto de su inhumación y las manifestaciones de condolencia de que se hizo eco la Prensa en nuestra Capital.

La Dirección de esta Revista dedica el testimonio sincero de su respeto y simpatía á la memoria del doctor Serafín Rivas Rodríguez, por su relevante y abnegada actuación profesional, durante más de medio siglo en nuestro país.

Publicamos á continuación los discursos pronunciados por el doctor Julio Etchepare, en nombre del Consejo Nacional de Higiene, por el doctor Horacio García Lagos, en representación del "Club Médico", por el doctor Matías Alonso Criado, y un conceptuoso artículo biográfico, escrito especialmente para nuestra Revista, por el doctor Abel I. Zamora.

Del doctor Julio Etchepare

Señores:

Antes de que la tierra guarde los despojos de este noble y querido anciano, vengo á cumplir con el deber de darle la eterna despedida en nombre del Consejo Nacional de Higiene, del cual tengo el honor de formar parte.

El doctor Serafín Rivas Rodríguez, era el Decano del Cuerpo Médico en el Uruguay.

Desde el año 1854, en que vino de España á ejercer su profesión en nuestro país, este apreciableísimo facultativo, tuvo ocasión de darnos á conocer, desde aquella época lejana, hasta la víspera puede decirse, de su muerte, su vasta ilustración científica y sus grandes condiciones morales, que formaban así como la característica de su personalidad, tan respetada entre nosotros.

No es mi propósito en este momento trazar la biografía del doctor Rivas Rodríguez, pero como acto de reconocimiento y de justicia, séame permitido recordar que en el desempeño

de su carrera de médico, había adquirido títulos bien saneados para que se le guardaran las consideraciones especiales á que se había hecho acreedor, quien como él vivió toda su vida entregado á sus tareas, como un verdadero apóstol de la Medicina, consagrándole incesantemente sus mejores energías, su larga experiencia, sus afectos; movidas sus acciones y sentimientos de aquella tradicional hidalguía y generosidad propias de la sangre española.

Corrían, señores, los primeros meses del año 1857, cuando en Montevideo, se desarrolla en forma epidémica, una terrible enfermedad exótica: la fiebre amarilla, que tantas víctimas había de producir más tarde, en nuestra Capital.

Un médico español, joven aún, en circunstancias tan acia-gas, ofrece entonces sus servicios profesionales á la Junta de Higiene, presidida por aquel eminente compatriota nuestro, que se llamaba el doctor Fermín Ferreira. La Junta, complacida, los acepta, y le confiere el nombramiento de Médico de Policía de Mercedes, la Capital de Soriano, localidad que alarmada con la marcha de aquella epidemia funesta, clamaba por la llegada de un médico.

Se traslada, pues, allí, de inmediato, y su actuación desde aquella fecha, continuada durante una estada de más de treinta años, en ese mismo punto, es tan meritoria que en más de una ocasión la población, en masa, le hace objeto de las más elocuentes y sinceras demostraciones de su reconocimiento por sus invalorable servicios humanitarios. Y bien, señores: ese médico tan abnegado, tan querido, se llamaba el doctor Serafín Rivas Rodríguez.

Y se recuerda aún, allí, el día en que al alejarse definitivamente de Mercedes, se veían millares de personas, de todas las clases sociales, que querían despedir, conmovidas, á aquel médico filántropo que tanto bien les había prodigado y que tan hondos afectos había sembrado en el seno de aquella ciudad.

Se estableció más tarde en Asunción, donde igualmente supo granjearse la estima de cuantos acudían á él, buscando alivio á sus dolencias.

Regresa nuevamente á esta Capital en el año 1894, y ocupa en adelante, distintos puestos importantes, como médico del ejército, primero, y luego en una de las Reparticiones del Consejo Nacional de Higiene.

Y aquí, señores, justo es reconocerlo, á pesar de su avanzada edad, llena sus obligaciones acaso como uno de nuestros jóvenes médicos más decididos. Correcta siempre su conduc-

ta como funcionario, celoso en el cumplimiento de sus tareas, el Consejo tuvo en todo momento, en el doctor Rivas Rodríguez, uno de sus más honestos colaboradores en el puesto que se le había confiado.

¡82 años cumplía el doctor Rivas Rodríguez!

Señores:

En nombre del Consejo y en el mío propio, me descubro respetuosamente al pasar ante el cadáver de un médico, que durante toda su larga vida profesional, puso siempre al servicio de su carrera, esas preciadas cualidades que constituyen el fondo moral de los hombres superiores que se dedican á hacer el bien, por el bien mismo, sin otras aspiraciones ni mayores recompensas que verse rodeados por la gratitud y el respeto que han sabido cultivar.

¡Descanse en paz el benemérito, el viejo compañero de trabajos!

Del doctor Horacio García Lagos

Señores; colegas:

En representación del "Club Médico" vengo ante esta tumba á despedir al colega Serafín Rivas Rodríguez.

En idéntica misión pronuncié hace pocas semanas en el sepelio de Benito del Campo palabras de estímulo para fomentar la unión del Cuerpo Médico ante la vida ejemplar del compañero caído.

En cada vida hay una lección para los que aspiramos al propio perfeccionamiento y el de la clase á que pertenecemos.

Frente al cuerpo de Serafín Rivas Rodríguez siento cuán imperfecta es nuestra organización gremial y como uno de nosotros que luchó como el mejor puede llegar al ocaso de su vida necesitando trabajar hasta sus últimos días.

Cuando sus fuerzas físicas flaquearon y descendía la pendiente hacia la tumba, la querida profesión que idolatraba debe habersele tornado muy amarga.

Habrá llegado hasta sus oídos más de una alabanza de los que eran sus clientes agradecidos, pero la imperfecta organización de nuestro gremio no le facilitó en nada su desencantada lucha.

Hoy que él ya no nos necesita, sentimos todos la necesidad de exteriorizar nuestros sentimientos. No está de más; pero es durante nuestra vida y para los seres vivos, que podemos ser *evidentemente* útiles; no dejemos para el más allá lo que hoy está en nuestro poder realizar.

Unámonos, y que el "Club Médico" sea la fuerza que impida que cualquiera de nosotros sea sometido á la dura prueba á que sólo el alma bien templada de Serafín Rivas Rodríguez supo y pudo resistir.

Desinteresado, caritativo, inteligente. Deja una honda huella en el medio en que actuó.

He dicho.

Del doctor Matías Alonso Criado

Señores:

Tengo la triste misión de despedir también los restos del doctor Rivas Rodríguez, que terminó ayer una ancianidad viril y laboriosa, que puede servir á todos de modelo.

Los doctores García Lagos y Etchepare, en nombre del "Club Médico" y del Consejo de Higiene, le han tributado los sentimientos de compañerismo profesional, y los señores Queirolo y Andújar han traído á este féretro la palma de los Hijos de la Viuda, unidos todos en un sentimiento de simpatía que deben al doctor Rivas al emprender el viaje de donde no se vuelve.

Los compatriotas del extinto en la patria de nacimiento y hermanos en la de adopción, agradecemos el homenaje rendido por tan altas representaciones al eminente uruguayo nacido en la noble España, que consagró 58 años de su laboriosa existencia al servicio de esta República, con verdadera abnegación y sacrificio personal. Al desembarcar en Montevideo como médico de un velero español, y encontrar á esta capital aterrada por los estragos de su primer fiebre amarilla, en 1857, ocupó un lugar de combate, pidiendo al doctor Ferreira, Presidente, y al doctor Enrique Muñoz, Secretario del Consejo de Higiene en aquella fecha, que utilizaran sus servicios profesionales para la localidad más castigada por el flagelo; y fué Mercedes el teatro de sus trabajos benéficos, y con tanto éxito, que el pueblo y las autoridades del Departamento de Soriano le colmaron de atenciones y le proclamaron

gran benefactor local, testimoniando el recuerdo de su misión filantrópica en un Album conmemorativo con las firmas de toda la población, y en este lugar se encuentran los hijos de la capital chaná residentes en Montevideo, rindiendo el último homenaje de cariño á su querido é inolvidable Médico.

Las primeras observaciones meteorológicas del Uruguay y estudios sobre la flora indígena y costumbres rurales, fueron la preocupación, durante treinta años, del doctor Rivas, que compartía aquéllos con el ejercicio de su profesión, habiendo hecho eruditas y múltiples publicaciones que enriquecen la bibliografía nacional.

Vicisitudes de la vida le llevaron al Paraguay en 1885, y siguiendo la estela é imitando el ejemplo del Patriarca Uruguayo General Artigas, se dedicó el doctor Rivas á la agricultura, trabajando personalmente la tierra guaraní, fundando "La Compostelana", granja de café y productos tropicales en la cordillera de los Altos, en las inmediaciones del Lago Ipacaray y Colonia de San Bernardino. Después de una lucha tenaz contra la Naturaleza, se radicó en Asunción en 1890, ejerciendo la Medicina entre humildes y poderosos, con la abnegación de que siempre fué ejemplar, siendo justamente querido por todos y dispensando por igual á todas las clases su generosa y abierta conciencia moral y material, por lo que también le llamaban, como al gran Patricio en Caraguay, "Padre de los Pobres", recordándose con admiración por los viejos moradores de la capital paraguaya, que el doctor Rivas, durante su larga residencia en aquella ciudad, jamás pasó una cuenta á sus clientes....

La sugestión que ejerce Montevideo sobre todos los que han residido en su seno, hizo volver más tarde al doctor Rivas á la capital uruguaya, desempeñando desde 1895 hasta la fecha diferentes cargos oficiales en el Ejército, en la Policía y en la Inspección Sanitaria, hasta que la muerte le llamó á su seno, tras larga vida octogenaria, laboriosa y honrada. Como síntesis de ella, este entierro lo costea por noble compañerismo el Honorable Consejo de Higiene que preside el doctor Vidal y Fuentes, y los restos se depositan en panteón amigo, en que los recibe como sagrada custodia, hasta que una suscripción popular levante el monumento á que tiene derecho el doctor Rivas Rodríguez por su larga y benéfica actuación profesional y social, hermanándose en la vecindad de este sitio á otro ilustre hijo de la Madre Patria, servidor del Uruguay que educó cuatro generaciones, y cuya memoria se ha perpetuado en el mausoleo que tenemos á la vista, de don Juan Manuel Bonifaz, que desde 1886 reside en

este Cementerio, como homenaje de simpatía que se tributa á su memoria.

Descanse en paz el abnegado filántropo que hizo de su vida un apostolado y de su profesión un sacerdocio en bien de los dolientes humildes del Uruguay y Paraguay, que se unen ante esta tumba renovando sus afecciones históricas para co-locar una siempreviva al recuerdo imborrable del doctor Serafín Rivas Rodríguez. ¡Gloria eterna á su memoria!

He dicho.

Del doctor Abel I. Zamora

A la larga lista de compañeros desaparecidos, debemos agregar otro nombre, el del venerable anciano doctor Serafín Rivas Rodríguez, decano de los médicos del Uruguay.

Nacido en España, parroquia de Santo Tomé de Nogueira, Provincia de Pontevedra, en abril de 1833, era hijo y nieto de médicos, servidores ambos en la guerra de la independencia, el uno en la marina y el otro en el ejército del Norte, al mando de Lord Wellington.

Empezó sus estudios desde muy joven; aventajado estudiante de latín bajo la dirección del notable preceptor don Pedro Fernández, de la parroquia de San Lorenzo de Nogueira, cursó bachillerato en el Instituto de Pontevedra, graduándose de bachiller á los 14 años; pasó luego á la Universidad de Santiago de Compostela, para continuar sus estudios médicos, mereciendo en casi todos sus exámenes notas de sobresaliente, y obtuvo por concurso entre un selecto grupo de compañeros, la beca de alumno interno de la Clínica de Partos y Enfermedades de Mujeres y Niños del Hospital Real, cargo que desempeñó hasta 1855 en que terminó su carrera de licenciado en Medicina y Cirugía, á los 22 años.

El Gobierno Español dió al joven médico un destino que no llenaba sus aspiraciones, y contrariado por esa injusticia y con el corazón rebosando de entusiasmos y de energías, resolvió derramar la savia de su inteligencia sobre el suelo de la libre América; presentó renuncia de su puesto, y sin esperar á que se la aceptaran se embarcó como médico á bordo del "Ramoncito de Vigo", que traía emigrantes para Buenos Aires y Montevideo.

Revalidó su título en ésta, prestando examen ante la Junta de Higiene, presidida por el ilustre doctor Fermín Ferreira,

y el 16 de enero de 1857 le era expedido título en forma, nombrándolo al mismo tiempo, con motivo de una epidemia de fiebre amarilla, médico de policía sanitaria del Departamento de Soriano.

Dominada la epidemia merced á sus esfuerzos, continuó en el desempeño de su puesto hasta 1888, en que por razones de salud hubo de ausentarse al Paraguay.

Es imposible comprimir en unas páginas la obra humanitaria, social y científica desarrollada por el doctor Rivas en esos 31 años.

En 1861, época en que el doctor Rivas era ya querido y respetado por toda la población culta de Mercedes, coexistiendo con una seca horrible con gran mortandad de hacienda, se desarrolló rápidamente en varios departamentos una gran epidemia de viruela. La vacunación casi abandonada en los pueblos, era casi desconocida en la campaña, y los peligros de la inoculación de brazo á brazo hacían más difícil la cuestión. En estas circunstancias, y con la colaboración del hoy benemérito anciano H. Aramendi, se apersonó al señor Jefe Político don Eduardo Fregeiro, consiguiendo de este funcionario, que los comisarios de policía le prestasen todo su concurso. El señor Aramendi fué el héroe de esta jornada, la primera obra de esa especie en el Río de la Plata; pero el autor, iniciador é inspector de la misma, fué el doctor Rivas, que sin abandonar los numerosos enfermos á quienes atendía, inspeccionaba los trabajos que su practicante realizaba en los diversos puntos que les servían de sucursales, á donde la policía hacía concurrir al vecindario para ser vacunado. Esta tarea hoy de fácil realización, era entonces ardua y peligrosa, pues existía la creencia, aún no extinguida, de que la vacuna provocaba la viruela y eran amenazados de muerte á cada instante; á pesar de esto, jamás el doctor Rivas, dejó de concurrir, solo, tanto de día como de noche, á donde su deber ó el ajeno sufrimiento le llamaba.

Esta campaña de vacunación ahorradora de tantas vidas, fué siempre su orgullo, é instaba á su practicante, á quien cobró inmenso afecto, á que siguiera haciendo propaganda. Andaba el señor Aramendi en una de esas jiras por varios departamentos y escribió á su familia diciéndole que de salud le iba bien, que las vacunaciones eran muchas, casi todas con resultados positivos, pero que en cuanto á retribución bien negativo, porque pasaban del 82 o/o las gratuitas y que tendrían que abandonar la empresa. Enterado el doctor le dirigió una extensa y alentadora carta en la cual entre otras co-

sas le decía: "No se desanime; siga propagando el preservativo jennერიано sin afligirse por su familia; siga salvando á esos desgraciados, *pobres desamparados*, que yo trabajaré aquí para atender su familia y la mía".

Le tocó actuar á más en las epidemias de viruela del 72 y 84; de difteria del 85 y 86, salvando tantas vidas con la aplicación precoz del "remedio verde" (sulfato de cobre emulsionado en clara de huevo); de tifoidea del 80 y las terribles de cólera del 67 y 68.

Cuando el cólera, la figura del doctor Rivas, adquirió para los mercedarios una grandeza moral que sobrepuja toda descripción; todos los médicos de Mercedes desaparecieron, unos atacados por la enfermedad, otros huyendo del contagio; el Consejo de Higiene envió de aquí un delegado que se detuvo en el Saladero del señor Camps, sin atreverse á entrar en el pueblo, pasando luego á Fray Bentos; sólo el doctor Rivas quedó frente á frente con la muerte, multiplicándose para todas partes, pasando días y días sin dormir, con una hermana moribunda, y recibiendo como todo pago la ingratitud de un grupo ignorante que trató de asesinarlo convencido de que la epidemia era producida por unos polvos con los cuales había envenenado el aire.

Durante la epidemia de tifoidea, que hizo innumerables víctimas, cayó enferma toda una familia, el padre, la madre y todos los hijos; el doctor Rivas se turnaba con su practicante para cuidar personalmente los enfermos, costeando de su peculio los gastos. Tantos derroches hizo de sus energías y de su salud, que al terminar esta epidemia se vió atacado de una fuerte asma que lo hacía sufrir cruelmente. El pueblo de Mercedes quiso demostrarle en esa oportunidad, su inmenso cariño y su eterna gratitud, y por suscripción voluntaria se construyó en el punto más alto de los alrededores, una casquinata que le fué regalada, haciéndole entrega de los títulos una Comisión compuesta de don Joaquín Miláns, don Antonio Sampayo y otros. Al mismo tiempo una Comisión presidida por don Hermenegildo Aramendi y compuesta por don Juan Chanz, don Juan Zamora, don Sebastián Aboal, don Elías Apesteguía y otros vecinos, lo obsequiaban con una medalla de oro y brillantes, también costada por suscripción popular, que ostentaba esta inscripción: "El pueblo de Mercedes, agradecido, al Padre de los Pobres y Apóstol de la Humanidad doctor Serafín Rivas", y rodeando esta: "Por su abnegación en las epidemias de gripe de 1863 y cólera en 1867 y 1868".

Existe, entre muchos, este hecho notable en la epidemia de gripe: casi todo el pueblo cayó simultáneamente; un día el doctor Rivas hizo desde la madrugada hasta la noche, un centenar de visitas; todos los honorarios que había cobrado eran dos pesos (patacones) en casa de una cliente adinerada, y los había dejado más adelante bajo la almohada de un pobre.

Agreguemos al desinterés, un altruismo sin límites que lo hacía estar en todo momento, tanto de día como de noche, enfermo ó sano, á la disposición del más desamparado de sus clientes; y ese cariño inmenso, paternal, con que trataba á todos, y tendremos explicado por qué el doctor Rivas era querido y admirado por pobres y ricos, considerado como un ídolo, y por qué en cada hogar mercedario se aprende á amar y respetar su memoria, trasmitiéndose de padres á hijos sus heroicidades legendarias.

Tiempos difíciles aquellos en que le tocó actuar; la ciudad tomada alternativamente por blancos y colorados y él ocultando sus heridos como un avaro guarda su tesoro, para salvarlos de la venganza del contrario, y todo esto sin recibir los honorarios correspondientes que le fueron abonados con regularidad recién en los últimos años.

La parte social de su obra puede condensarse diciendo que no se tomó durante toda su estada una sola iniciativa en la ciudad de Mercedes, que no contase con su entusiasta adhesión. Fué vicecónsul español durante muchos años; socio fundador del "Club Progreso", la primera institución social con que se cuenta aún hoy; fundador de la logia masónica "El Sol", la primera que se instaló allí; fundador de la sociedad musical "La Lira", en colaboración con el malogrado profesor don Facundo Alzola y gran propagandista de la difusión de la instrucción pública en el Departamento de Soriano. En aquellos tiempos, en compañía del doctor Mariano Pereira Núñez, su gran amigo, y de don Wenceslao Lares, fundó la liga para el pago de los maestros, á quienes el gobierno adeudaba 18 meses de sueldo; institución que llenó su cometido con perfecta seguridad, única en su género en América y que mereció el más caluroso aplauso del Presidente Sarmiento, enterado de su existencia en un viaje de descanso en que visitó á la bella coqueta del río Negro.

Si recorremos su faz científico-literaria, nos encontramos con un escritor ameno que ha publicado infinidad de artículos, principalmente en "El Siglo" y en la "Revista de la Asociación Rural". En colaboración con el Profesor Benedetti estudiaba el lenguaje de los mirmicitos, inútilmente

buscado por Sir Jhon Lubbock; publicó un trabajo muy interesante sobre vida y costumbres de las mismas y sobre su conocimiento en arquitectura; describió un insecto destructor de los árboles frutales, con láminas en las cuales con 400 diámetros de aumento estudiaba su vida y modo de reproducción, y desde el año 1877 al 1888 anotó día á día y con toda precisión observaciones meteorológicas de todas clases, barométricas, higrométricas y pluviométricas que fueron remitidas y expuestas en la Asociación Rural del Uruguay y enviadas á la Exposición de París de 1900.

He aquí, á grandes rasgos, la personalidad mercedaria, del doctor Rivas; el pueblo entero, desde el más pudiente al más humilde, lo acompañó llorando hasta el puerto el día de su despedida; lo obsequió con un álbum repleto de firmas de agradecidos y se obligó á suscribirse con una fuerte suma de dinero si regresaba dentro de un año. El "Club Progreso", la "Sociedad Española de Socorros Mutuos", el "Orfeón Español" y la "Sociedad Italiana", discerniéronle el título de socio honorario, mereciendo la misma distinción de la Asociación Rural del Uruguay. Iba buscando calma en la soledad de las campiñas paraguayas; gran amigo de la Naturaleza, siguió estudiándola con cariño en su flora y fauna y continuó allí también sus observaciones meteorológicas; al mismo tiempo plantó grandes cafetales con fe en el triunfo definitivo, pero cinco años seguidos de sequías y langosta arruinaron completamente su empresa, y desvanecido su ensueño regresó á la Asunción. El cuerpo médico y la sociedad paraguaya supieron valorar la grandeza de su talla moral y le dispensaron una cordial acogida. Dictó la cátedra de física médica y ejerció la profesión hasta 1897; pero siempre el mismo, no se dió un solo caso de que el doctor Rivas pasara una cuenta.

En abril de 1897 regresó á su segunda patria, mandado llamar por el entonces Presidente de la República, don Juan Idiarte Borda, que como mercedario, era admirador suyo. Le ofreció el puesto de director de Sanidad Militar, que no logró hacerle aceptar porque de ningún modo quería pasar por encima de los compañeros que mucho antes que él se dedicaban á esa rama de la medicina, y fué nombrado médico de un cuerpo de línea de guarnición en esta Capital. Cuando la insurrección de 1903, dado que su avanzada edad no le permitía salir á campaña, hubo de renunciar ese puesto; en 1906 fué nombrado por el Consejo Nacional de Higiene, médico del Dispensario de la Prostitución, puesto que desempeñó de un modo ejemplar hasta su fallecimiento.

Hombre de gran erudición, tanto en ciencias, como en literatura y en filosofía, su conversación, enseñaba, distraía, encantaba.

Ha muerto pobre y padre de una numerosa familia; pero su corazón, hasta en los últimos tiempos, en que sus energías físicas no daban más, latía siempre á impulsos de lo noble, de lo altruista, de lo bello, siempre dispuesto á sacrificarse para servir á los demás, siempre brillando sobre su frente el mismo rayo de luz. Para premiar los grandes servicios prestados á la Patria, las Cámaras le votaron últimamente una pensión graciable que no alcanzó á disfrutar.

Y como broche de estos apuntes, quiero transcribir, una de las recomendaciones que bajo sobre lacrado dejó á su familia:

“Cuarto y último.—Inhumarme en tierra, si es posible, en el Cementerio Inglés, sin poner en mi fosa otra señal que *unha roseira d'a miña terra* (un rosal de rosa gallega) para que se alimente con mis cenizas y muestre en la corola de sus flores, el alma ó espíritu de mis acciones.”

Paz en la tumba del heroico cruzado y eterna recordación para su memoria.

✦ Doctor Martín Jaureguiberry

El 31 de octubre último falleció en esta Capital el doctor Martín Jaureguiberry, joven y distinguido colega que desde el año 1911 se encontraba establecido en la ciudad de Melo.

El doctor Jaureguiberry había cursado su bachillerato y sus primeros años de medicina en Montevideo, trasladándose más tarde á Buenos Aires, donde continuó sus estudios, llegando á obtener por concurso un puesto en el Hospital Rawson.

Terminada su carrera, regresó á nuestro país, radicándose primeramente en la ciudad de Treinta y Tres, en la que ocupó el cargo de Presidente de la Comisión Departamental de Instrucción Primaria, y después, en Melo, lugar de su nacimiento.

Cuando la reorganización de los servicios hospitalarios en campaña, la Dirección de la Asistencia Pública Nacional le confió un puesto en el Hospital de Melo; en el desempeño de dicho cargo le sorprendió la muerte, después de una penosa enfermedad.

Este estimado colega puso siempre á contribución, en el ejercicio de su carrera, su bien conceptuada preparación científica y sus bellas prendas morales.



Trasladados sus restos á su ciudad natal, un numeroso y selecto cortejo concurrió á acompañar hasta la Necrópolis, á aquel joven médico que tan hondas simpatías había sabido granjearse en el seno de aquella población, por su meritoria actuación profesional.

La Dirección de esta Revista se asocia á las sentidas manifestaciones de condolencia tributadas á la memoria del doctor Martín Jaureguiberry.